

I.E.S. DOS MARES

Departamento de Filosofía

Prof.: José Ángel Castaño

HISTORIA DE LA FILOSOFÍA (2º Bach.)

TEMA 4 – DESCARTES (1596-1650): LA DUDA, EL YO Y LA RAZÓN.



Nociones:

1. Duda y certeza.
2. Alma y cuerpo (*res cogitans* y *res extensa*).
3. Pensamiento e ideas.

Temas:

1. El *cogito* y el criterio de verdad.
2. Las demostraciones de la existencia de Dios.

Texto: *Discurso del método, cuarta parte* (trad. E. Bello Reguera, Madrid, Tecnos, 1994, pp. 44-52).



1. INTRODUCCIÓN.

- 1.1. Contexto histórico.
- 1.2. Vida y obras.

2. REPRESENTANTES Y OBRAS FUNDAMENTALES.

3. EL RACIONALISMO MODERNO: RAZÓN Y LA CERTEZA.

4. EL MÉTODO CARTESIANO.

5. LA APLICACIÓN DEL MÉTODO: METAFÍSICA CARTESIANA.

- 5.1. La duda metódica y el *Cogito*.
- 5.2. La sustancia.
- 5.3. La sustancia infinita.

6. LA NATURALEZA.

7. CONSECUENCIAS DE LA FILOSOFÍA CARTESIANA EN LA TEORÍA DEL CONOCIMIENTO: EL MUNDO COMO REPRESENTACIÓN.

- 7.1. Hasta Descartes: el realismo ingenuo.
- 7.2. El idealismo cartesiano.
- 7.3. Límites del conocimiento en Descartes: el dualismo cartesiano.

8. DESCARTES, EL RACIONALISMO Y LA CIENCIA EUROPEA.

9. TEXTO P.A.U.

10. MODELO DE CONTEXTO PARA EL EJERCICIO DE COMENTARIO.

1. INTRODUCCIÓN.

1.1. Contexto histórico.

Hacia la mitad del siglo XVI comienzan en Europa una serie de crisis que se van a extender a todo el siglo XVII. En el plano social se corresponden con el desarrollo de la burguesía y en el plano ideológico con la necesidad que se experimenta de una nueva concepción del mundo basada en el concepto de Razón.

El sistema productivo, todavía esencialmente agrícola, es incapaz en muchos casos de cubrir las necesidades de la población. En Francia, por ejemplo, se suceden seis hambrunas entre 1629 y 1710.

Por un lado, es un período de profunda depresión económica y creciente endeudamiento de las monarquías que, para pagar a los funcionarios y sufragar las guerras, ceden a los comerciantes la explotación de los bienes del Estado como minas, salinas, etc.

Por otro lado, el desarrollo del capitalismo se verá favorecido especialmente por la expansión del comercio marítimo y colonial y la afluencia de metales preciosos de las minas europeas y americanas. Se trata de un capitalismo de tipo comercial.

El siglo XVII es el momento canónico del mercantilismo, expresión teórica del pacto entre la ascendente burguesía y la monarquía absoluta. Esta doctrina reclama una política de autoridad y seguridad. Armadores y negociantes tienen intereses comunes con el Estado lo que los mantiene unidos.

El capitalismo industrial surge en Inglaterra en la primera mitad del siglo XVII como consecuencia de la primera revolución en la industria, precursora de la gran revolución industrial del siglo XVIII. Los inventos en las técnicas marítima, industrial y agrícola son numerosos.

Los hombres de negocios son, a la vez, banqueros y fundadores de nuevas industrias. Aparecen las bolsas y las grandes compañías comerciales en forma de sociedades por acciones. Se perfila el tipo de capitalista emprendedor, enérgico, inteligente y práctico, con pocos escrúpulos, que reclama la libertad individual frente a municipios y señoríos e incluso frente a las concepciones morales y religiosas. Esta burguesía capitalista va aumentando en número e importancia y llega a ser un serio adversario de la nobleza.

Se exalta el valor de la razón frente a la autoridad de los libros o maestros y se fomenta así el desarrollo científico.

En el plano político es el absolutismo la ideología del poder [Recordad la Teoría del Poder Absoluto de Thomas Hobbes (1588-1679)], como nueva concepción del Estado frente a la idea renacentista, pero diferenciándose claramente dos fases:

1. Primer momento en que el absolutismo aparece como el coronamiento normal del mercantilismo en función de su confluencia de intereses.
2. Segundo momento, en el que la burguesía se hace más poderosa con el desarrollo del capitalismo comercial y reclama un puesto en el poder minando el absolutismo.

Es un período de gran inestabilidad y de crisis que se manifiesta en una serie de guerras y revoluciones. Es la época del expansionismo colonial que lleva a los estados europeos a luchar en todos los mares.

En el continente europeo se desarrolla la Guerra de los Treinta Años (1618-1648) por razones políticas y religiosas. Enfrenta a los defensores del orden tradicional y los ideales de la Contrarreforma, representados por las dos ramas de la casa de los Austrias (la alemana y la española), y a los partidarios del nuevo orden, los países protestantes del norte apoyados por Francia.

Se van formando los "Estados modernos", independientes y soberanos, que se enfrentan en sus afanes de imperialismo. La mayor tentativa la protagonizan los Habsburgo de España y Austria que origina la guerra entre los Estados Católicos y Protestantes del Imperio Alemán. España interviene por intereses en los Países Bajos. Las guerras de religión se dan también en Francia entre católicos y protestantes en la llamada Guerra de los Hugonotes.

En Inglaterra los Estuardo intentan mantener una monarquía absoluta reservándose el poder legislativo y el derecho a la percepción de impuestos sin el consentimiento de los súbditos. Se enfrentan a los comerciantes puritanos y a parte de la nobleza que comparte los mismos intereses. El Parlamento entra en conflicto con el Rey para conseguir una forma de Estado que defienda los intereses de esta burguesía. Hay dos revoluciones y una guerra civil que acaba con la decapitación de Carlos I surgiendo de estas crisis el primer sistema

parlamentario y constitucional europeo, en un clima de libertades políticas y de tolerancia religiosa, importado de Holanda, que se afianzará a partir de 1688 año de la denominada "Revolución Gloriosa".

1.2. Vida y obras.

René Descartes nació en La Haya-Turena (Francia), en 1596, estudió en el colegio de la Flèche, de los jesuitas. Allí estudió, entre otras materias, lógica, física, metafísica y matemáticas. Las enseñanzas filosóficas estaban inspiradas en la filosofía escolástica de Francisco Suárez, célebre por sus *Disputationes metaphysicae* de 1597.

Se licencia en Derecho en la Universidad de Poitiers (1616) y decide "viajar, ver cortes y ejércitos". Estando en el ejército, le sorprendió un invierno en Neuburg (1619), donde –según cuenta– "pasaba todo el día solo y encerrado, junto a una estufa, con toda la tranquilidad necesaria para entregarme por entero a mis pensamientos". Se vuelve a plantear ciertos problemas de geometría y ve la necesidad de un método general para resolver cualquier problema de geometría que se le presentase. Pronto amplía su ya ambicioso plan, cuando concibe la posibilidad de un método para el descubrimiento de la verdad en cualquier rama de las ciencias.

Entonces se decide a buscar un método que le sirviera para poner el fundamento de la ciencia y hacerlo con la ayuda de su sola razón. Esa es la revelación que tuvo en 1619. Todas estas reflexiones las recogió en su obra *Regulae ad directionem ingenii (Reglas para la dirección del espíritu)*, redactadas entre 1627 y 1628.

En 1629, se estableció en Holanda, buscando libertad y tolerancia. Por sugerencia de unos amigos, prepara un tratado de metafísica, que interrumpe para dedicarse al *Tratado de Física*, pero, enterado de la condena de Galileo, no lo publica.

Entre 1633-1637 escribe el *Discurso del Método* y tres ensayos científicos sobre *Dióptrica*, *Meteoros* y *Geometría*, que publica en 1637.

En 1641 publica las *Meditaciones de prima philosophia* y las *Respuestas*.

En 1647 publica los *Principia philosophiae*.

En 1649 va a Suecia invitado por la princesa Cristina de Suecia. Escribe *Las pasiones del alma*. Muere en 1650. Obras póstumas son: *Compendio de música* (1650), *Tratado del hombre* y *Tratado de la luz* (1664), *Cartas* (1657-1667).

Hizo aportaciones muy importantes en el campo científico: realizó una reforma del álgebra y una teoría general de las ecuaciones, fundó la geometría analítica que permite traducir las ecuaciones en curvas gracias a las coordenadas, en física descubrió las leyes de la refracción, en fisiología descubrió por su cuenta la circulación de la sangre, aunque le precedió Harvey.

Su filosofía no es tan original como él pretende, pues tiene numerosas fuentes platónicas, agustinianas y escolásticas, pero la influencia de su filosofía es muy notable, tanto que los franceses suelen dividir la historia general de la filosofía en dos grandes periodos: *avant* Descartes et *après* Descartes.

2. REPRESENTANTES Y OBRAS FUNDAMENTALES.

Esta tabla ordena cronológicamente los representantes más destacados de las corrientes filosóficas que surgieron en la época de Descartes y aquellas de sus obras que más influencia tuvieron en el desarrollo del pensamiento posterior.

RACIONALISMO	Fecha de publicación	EMPIRISMO
Autores y obras		Autores y obras
(1596-1650) René Descartes <i>Discurso del Método</i> <i>Meditaciones Metafísicas</i>	1620	Francis Bacon (1551-1626) <i>Novum Organum</i>
	1637 1642	
	1651	Thomas Hobbes (1588-1679) <i>Leviatán</i>
(1634-1677) Baruch de Espinosa <i>Tratado teológico-político</i> <i>Ética</i>	1670 (póstuma)	

(1638-1715) Nicolás de Malebranche <i>La investigación de la verdad</i>	1674-78	
(1638-1716) Gottfried Wilhelm Leibniz <i>Meditaciones sobre el conocimiento...</i> <i>Discurso de Metafísica</i>	1684 1686	
	1687	Isaac Newton (1642-1727) <i>Principios matemáticos de la filosofía natural</i>
	1690	John Locke (1632-1704) <i>Ensayo sobre el entendimiento humano</i>
	1710 1714	George Berkeley (1685-1753) <i>Tratado sobre el conocimiento humano</i>
<i>Teodicea</i> <i>Monadología</i> <i>Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano</i>	(póstuma)	
	1739-40 1751	David Hume (1711-1776) <i>Tratado de la Naturaleza humana</i> <i>Investigación sobre el entendimiento humano</i>

3. EL RACIONALISMO MODERNO: RAZÓN Y LA CERTEZA.

En el siglo XVII el racionalismo es la expresión de un supuesto metafísico y a la vez religioso en el cual Dios es la suprema garantía de las verdades racionales y el apoyo último del universo concebido como inteligible.

Existen tres tipos de racionalismo que se han mezclado y admitido juntos por algunos filósofos, lo que no quiere decir que no puedan ser admitidos individualmente sin adoptar los restantes. Éstos son:

1. **Racionalismo psicológico.** La razón equiparada al pensar es superior a la emoción y a la voluntad.
2. **Racionalismo metafísico.** La realidad es, en último término, de carácter racional.
3. **Racionalismo gnoseológico.** La razón es el único órgano adecuado y completo como medio de conocimiento. Esta idea se concreta a partir de dos supuestos fundamentales:

- a) Nuestro conocimiento puede ser construido deductivamente a partir de ciertas ideas y principios evidentes.
- b) Estas ideas y principios son innatos al entendimiento, éste los posee en sí mismo al margen de toda experiencia sensible.

Siguiendo el modelo de conocimiento cierto de las matemáticas el racionalismo construirá nuevos sistemas filosóficos que acabarán sustituyendo a los de la metafísica escolástica y constituyéndose en la metafísica moderna.

El pensamiento cartesiano puede considerarse como una respuesta a la incertidumbre de la época en la que fue formulado: por un lado, el hundimiento de un modelo científico (el geocentrismo) y el nacimiento de una nueva forma de ver el universo (heliocentrismo) cuyas consecuencias marcarán la modernidad. Por otro lado, el siglo XVI está condicionado por la escisión que se produce entre el catolicismo y el protestantismo. La ciencia y la religión, las dos grandes “fuentes” de la verdad, se ven acosadas por la duda, problema teórico que se verá acompañado de consecuencias prácticas: condena a Galileo, guerras de religión... En estas circunstancias de crisis, Descartes intenta construir un sistema filosófico que resuelva esa incertidumbre generalizada, encontrando en la razón humana la roca firme sobre la que construir un sistema de conocimiento que resista el ataque de la duda, una filosofía en la que el error no tenga cabida. Por eso no es de extrañar que sea la matemática su ciencia preferida, y que no valorara demasiado la educación libresca. El proyecto filosófico cartesiano destaca precisamente por su aspiración a unificar todas las ciencias, que deben utilizar el mismo método. Por ello, el problema del método será uno de los que más atención reciba en su sistema: los errores teóricos no proceden de la falta de inteligencia, sino del camino seguido para encontrar la verdad. Y este método no puede ser otro que el matemático como veremos más adelante. Este proyecto de unificar las ciencias se reflejará en una conocida metáfora cartesiana, según la cual todos los saberes humanos forman una unidad orgánica, similar a un árbol:

“Toda la filosofía es como un árbol, cuyas raíces son la metafísica, el tronco es la física y las ramas que salen de ese tronco son todas las

demás ciencias, las cuales se pueden reducir a tres principales: la medicina, la mecánica y la moral.”

Bajo estos parámetros, la filosofía cartesiana intentará encontrar una certeza sobre la que construir una ciencia segura e indudable. Un desarrollo teórico infalible, que vuelva a posibilitar la aparición de verdades universales.

4. EL MÉTODO CARTESIANO.

El carácter científico de Descartes queda bien claro desde el mismo título de una de sus obras centrales: *Discurso del método para dirigir bien la razón y buscar la verdad en las ciencias, seguido de la Dióptrica los Meteoros y la Geometría*. Ciencia y filosofía van muy unidas en toda la obra cartesiana, y no sólo por la metáfora del árbol, sino también por un nervio común que vertebra todas las disciplinas: el método. Para Descartes la diversidad de opiniones y el error que de la misma puede derivarse no es consecuencia de una falta de inteligencia, sino del método seguido. La inteligencia aplicada por el mal camino no puede conducirnos muy lejos, y por eso hemos de plantearnos, antes de lanzarnos a la búsqueda de la verdad, cuál es el camino que mejor puede conducirnos a su consecución. Todos los enfrentamientos y problemas teóricos pueden disolverse si fijamos un método, un conjunto de “reglas ciertas y fáciles, gracias a las cuales todos los que las observen exactamente no tomarán nunca por verdadero lo que es falso, y alcanzarán –sin fatigarse con esfuerzos inútiles, sino acrecentando progresivamente su saber- el conocimiento verdadero de todo aquello de que sean capaces”. Estas reglas deben salvarnos de la crisis de fundamentos a la que antes hacíamos referencia, a ese “vacío” de verdad que se produce a lo largo del siglo XVI. La motivación esencial de Descartes al emprender esta tarea metódica es superar esa irreconciliable oposición entre teorías, religiones y puntos de vista, ese desfundamiento que deriva de la inseguridad ante verdades contradictorias.

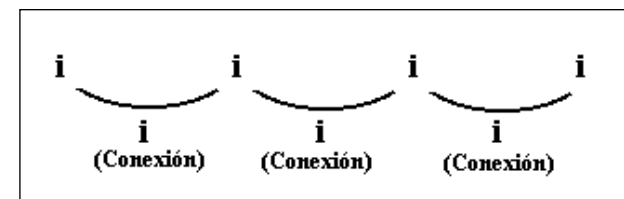
El método cartesiano tiene como referencias dos elementos distintos:

1. Por un lado, el **método de resolución-composición** de la escuela de Padua y Galileo. Según este método, ante cualquier problema científico debían seleccionarse, en primer lugar, las

variables relevantes (propiedades esenciales), para a continuación, en un proceso abstractivo, establecer hipótesis teóricas expresadas matemáticamente que explicaran el fenómeno. De estas hipótesis se deducirían (de ahí proviene el nombre de método hipotético-deductivo) diversas consecuencias que debían ser comprobadas por medio de un experimento, que evaluará su veracidad. Si bien dicho método combina la experiencia con el trabajo deductivo, Descartes privilegiará el razonamiento sobre cualquier tipo de experimentación empírica. El análisis conceptual y la deducción racional se imponen sobre el conocimiento sensible, que a menudo es responsable de muchos de nuestros errores.

2. La **influencia de las matemáticas**. Si algo maravillaba a Descartes de esta ciencia, era precisamente que todos sus desarrollos pueden seguirse sin necesidad de apelar a la experiencia. En matemática las verdades son evidentes y demostrables, y basta la razón para conocerlas. De hecho, el precedente más remoto del método cartesiano podemos encontrarlo ya en la geometría de Euclides: se trata en definitiva de ir deduciendo nuevas y más complejas verdades tomando como punto de partida otras más sencillas y evidentes.

La propuesta cartesiana tiene, por tanto un doble objetivo: pretende evitar el error y llegar a verdades indudables, y por otro lado extraer nuevas verdades a partir de las ya conocidas. Para ello, Descartes afirma la necesidad de ignorar o poner a prueba todo el conocimiento anterior (*ars delendi*), y comenzar a levantar un nuevo edificio del conocimiento (tarea constructiva, *ars inveniendi*), en el que sólo aparezca la verdad y sean eliminados los prejuicios o las verdades basadas en argumentos de autoridad. En esta labor de destrucción y construcción, intervendrán dos facultades características de la razón humana: la **intuición** y la **deducción**.



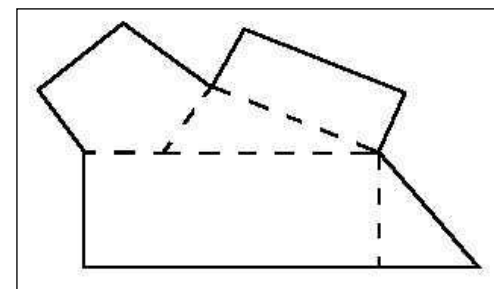
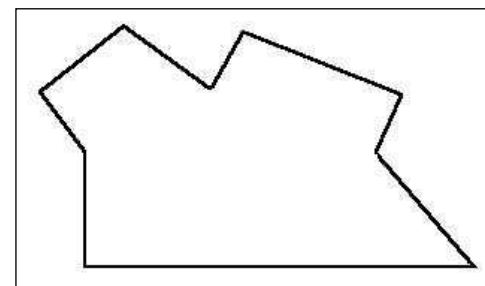
La primera, por la que conocemos de un modo inmediato verdades evidentes, juega un papel esencial en las dos primeras reglas, mientras que la segunda, por la que accedemos a nuevas verdades a partir de las ya conocidas, es la protagonista de las dos segundas. Las reglas del método cartesiano, tal y como aparecen en el *Discurso del método*, son las siguientes:

1. **Regla de la evidencia:** “No admitir jamás como verdadero cosa alguna sin conocer con evidencia que lo era; es decir, evitar cuidadosamente la precipitación y la prevención, y no comprender en mis juicios más que lo que se presentare a mi espíritu tan clara y distintamente que no tuviese motivo alguno para ponerlo en duda.”
2. **Regla del análisis:** “Dividir cada una de las dificultades que examinase en tantas partes como fuera posible, y cuantas requiriese su mejor solución.”
3. **Regla de la síntesis:** “Conducir ordenadamente mis pensamientos, comenzando por los objetos más simples y más fáciles de conocer, para ir ascendiendo poco a poco, como por grados hasta el conocimiento de los más compuestos; y suponiendo un orden aun entre aquellos que no se preceden naturalmente unos a otros.”
4. **Regla de las comprobaciones:** “Hacer en todo enumeraciones tan completas, y revisiones tan generales, que estuviera seguro de no olvidar nada”

La primera regla establece la evidencia como el criterio último para separar lo verdadero de lo falso. La verdad debe ser evidente, y para acceder a la misma necesitamos de la intuición, de un acto puramente racional por el que la mente “ve” de un modo inmediato, directo y transparente una idea. La evidencia sería la propiedad de aquella idea que le hace aparecer ante la mente con claridad y distinción. A su vez, Descartes explica también ambos conceptos: es clara la idea que es “presente y manifiesta a un espíritu atento”, mientras que es distinta “la que es de tal modo precisa y diferente de todas las demás que no comprende en sí misma más que lo que aparece manifiestamente a quien la considera como es debido.”

Una de las consecuencias más importantes de esta regla es que la realidad pierde la objetividad. Ya no hay una realidad fuera del sujeto, sino que ésta queda convertida en un contenido más del pensamiento. Así, la verdad pierde su dimensión ontológica: no hay una verdad en la realidad, una adecuación entre pensamiento y realidad. Ahora la verdad es una propiedad de las ideas que les hace aparecer como evidentes. Verdad es, para Descartes, igual a evidencia, y el mundo se subjetiviza, es un contenido de la conciencia del sujeto, lo que después planteará el problema de cómo enlazar con el mundo material que percibimos a través de los sentidos.

Si la primera regla pretende alcanzar las primeras verdades, la segunda y la tercera nos explican cómo podemos deducir nuevas verdades a partir de las ideas claras y distintas ya conseguidas. En la primera parte (regla del análisis) se descompone el problema hasta sus partes más sencillas (naturalezas simples, resultado del proceso analítico). A continuación se procede a la inversa, recomponiendo el problema original, con la ventaja de conocer ahora sus partes más elementales y las relaciones que existen entre ellas. En este proceso interviene la deducción, que es la que se encarga de relacionar correctamente unas ideas con otras.



Por último, como medida de precaución, Descartes exige que se realicen distintas comprobaciones de todo el proceso recorrido, especialmente en lo que respecta al análisis y la síntesis, que son las partes del método en las que más fácilmente pueden colarse los errores. Como resultado de todo esto, se tendrá un sistema de conocimiento con garantías de certeza, puesto que cada regla soporta y transmite la verdad en todo el recorrido.

5. LA APLICACIÓN DEL MÉTODO: METAFÍSICA CARTESIANA.

Una vez formulado el método, Descartes comienza a aplicarlo para desarrollar ese árbol de la ciencia del que hablábamos antes. Puesto que la raíz de este árbol es la metafísica, será éste el primer paso que hemos de dar: ver cómo se puede aplicar el método cartesiano a la concepción de la realidad.

5.1. La duda metódica y el *Cogito*.

Si queremos ser fieles al método, comenzaremos fijándonos en la primera regla: según ésta sólo podemos aceptar como verdadero aquello que se nos presente con absoluta evidencia, es decir, aquello de lo que no quepa la posibilidad de dudar. Por eso, Descartes adopta la duda como método, como camino para alcanzar una verdad absolutamente evidente de la que nadie pueda dudar. Si dudamos de todo nuestro conocimiento, pero aun así queda algo que siga presentándose como evidente, ese resto indubitable y cierto puede considerarse como la primera verdad de esta metafísica que estamos buscando. Esta viene a ser la propuesta cartesiana: pongamos a prueba todas nuestras verdades, veamos si resisten incluso los más desconfiados y extravagantes planteamientos de la duda, y si es así, podremos considerar que aquellas verdades que se nos sigan presentando con evidencia son lo suficientemente sólidas como para construir toda la metafísica sobre ellas.

Conviene subrayar que la duda cartesiana no es una duda escéptica. En ningún caso pretende Descartes destruir todas las verdades conocidas, rechazar las posibilidades del conocimiento, o negar nuestra capacidad de conocer lo real. Su duda pretende “tan sólo buscar la verdad”: se

trata de una estrategia, un camino cuyo destino último no es la suspensión del juicio o la incertidumbre, sino la verdad evidente. De hecho, ya desde el planteamiento del método se muestra Descartes convencido de que es posible alcanzar este tipo de verdades. De lo que se trata por tanto es de poner a prueba nuestro conocimiento, con el objetivo de ver cuál resiste la prueba de la duda y puede servirnos para construir el edificio del saber. Aunque aparentemente la duda pueda parecer una estrategia destructiva, su propósito es, por el contrario, constructivo, y está muy alejado tanto del escepticismo clásico, como del que se deriva de tesis empiristas como las que defenderá David Hume. Por lo tanto, aplicando la regla de la evidencia, nos vemos obligados a poner entre paréntesis todas nuestras creencias, incluso aquellas más sólidas y cotidianas. Todo lo dudable no puede ser más que un débil fundamento para la metafísica buscada. Por todo ello, Descartes extiende la duda de un modo gradual:

1. En primer lugar comienza dudando de nuestros **sentidos**: si éstos nos engañan a veces y creemos percibir cosas que en realidad no estamos percibiendo, nada impide que verdaderamente nos estén engañando siempre, y todos los datos que nos llegan a través de los sentidos sean en realidad falsos.
2. Pero también es posible dudar de nuestra **razón**: cuántas veces nos equivocamos resolviendo cualquier problema, o siguiendo razonamientos de tipo lógico o matemático. Si nos equivocamos alguna vez, sería posible también que nos equivoquemos siempre, y pensemos que razonamos de un modo correcto, cuando en realidad vivimos en el error permanente.
3. Pudiera parecer que es exagerado dudar siempre de los sentidos y la razón por el hecho de que éstos fallen alguna vez. Sin embargo, sí cabe plantearse hipótesis teóricas que lleven la duda más lejos. De hecho, argumenta Descartes, no somos capaces de **distinguir la vigilia y el sueño**: todo lo que percibimos y razonamos mientras soñamos nos parece tan vívido y real como lo que experimentamos despiertos, y no somos conscientes de que estamos soñando. ¿Acaso no podría ser la vida un mero sueño, una ilusión? Ni siquiera tenemos la

certeza de que el mundo real que percibimos exista realmente.

- Llevando la duda hasta los límites más insospechados, Descartes se plantea aún otro motivo para dudar: ¿Y si existiera un **genio maligno** dedicado exclusivamente a que me engañe, es decir, a que perciba el mundo permanentemente de un modo erróneo, y a que cada vez que razono me equivoque? La hipótesis del genio maligno nos deja completamente inermes e indefensos ante la duda, y aunque parezca una posibilidad inaceptable, hemos de entenderla dentro del proceso cartesiano de búsqueda de la verdad.



Si cualquiera de nosotros sigue este camino de la duda, se irá dando cuenta de que progresivamente vamos perdiendo contacto con la realidad, hasta quedar completamente entregados al escepticismo: ya

no podemos estar seguros de ninguna verdad sobre el mundo, y nuestra capacidad de razonamiento se ve radicalmente cuestionada. Ninguna de nuestras creencias (basadas la mayoría en la experiencia, en la tradición, en las costumbres o en la autoridad) sobreviviría a este ejercicio filosófico que Descartes propone. Sin embargo, en el mismo acto de dudar Descartes encuentra una primera verdad indubitable sobre la que fundar su sistema: de la duda surge un “resto indubitable”, una verdad que resiste toda duda, incluso la extraña hipótesis del genio maligno: “estoy dudando”. En el acto de dudar puedo eliminar todo contenido, cualquier objeto de la duda. Puedo dudar de todo. Pero de lo que no puedo poner en duda es que estoy dudando, por lo cual “pongo” la duda. Dado que la duda es una forma de pensamiento, Descartes concluye: “pienso luego existo”, primer principio absolutamente evidente de su filosofía.

Se duda de (Criterio)	Nos permite dudar de...	Pero no de...
Los sentidos nos engañan	- Las cosas sean tal y como las percibimos	Las cosas existen
Dificultad para distinguir entre la vigilia y el sueño	- Las cosas sean la causa de nuestras ideas, es decir, que existan. Por lo tanto: - Que exista en mundo material o nuestro propio cuerpo.	Las verdades matemáticas
Tesis del Genio Maligno	- Existencia de Dios y de su veracidad. - Verdades matemáticas.	“Pienso luego existo”

Sobre el cogito cartesiano debemos tener en cuenta los siguientes aspectos:

- En primer lugar, llama la atención que Descartes no diga “dudo, luego existo”, sino “pienso, luego existo”. El pensamiento (*cogitatio*, actividad de pensar) es para Descartes todo aquello que ocurre en nosotros, todo acto consciente del espíritu. De lo que se trata es, por tanto, de la conciencia. En la filosofía cartesiana el mundo queda encerrado dentro

de la conciencia, y como veremos más adelante, habrá muchas dificultades para volver a contactar con la realidad. El mundo termina subjetivado como contenido de conciencia. Esta subjetivación implica que la evidencia se da sólo en el interior del sujeto. Ortega solía decir, de un modo muy gráfico, que Descartes encierra el mundo en la garita del pensamiento: para el sujeto es evidente su experiencia de la conciencia, pero no puede salir de ahí. Es el acto de pensar (*cogitatio*) lo que resulta evidente a la conciencia, pero no el contenido (*cogitatum*) de ese pensamiento. En cierta forma, este problema de la subjetivación va a estar presente en toda la modernidad, y a menudo se estará cerca del **solipsismo**.

2. La verdad del *cogito* no deriva de ningún tipo de deducción, sino que es una intuición pura, inmediata y evidente de la conciencia. Se trata de una idea clara y distinta de la conciencia, que no es sólo conciencia del mundo, sino, de un modo mucho más profundo y primordial, conciencia de sí misma.

3. La formulación del cogito no es del todo novedosa. Ya san Agustín (siglo IV d.C.) había escrito “si fallor, enim sum”. Sin embargo, lo que sí es original y particularmente importante es la función que desempeña el cogito en la filosofía cartesiana. Es la primera verdad sobre la que se fundan todas las demás, y sin la cual las demás carecerían de sentido. Descartes se descubre a sí mismo como algo que piensa, y a partir de este pensamiento llega a su existencia. Al menos en tanto que pensamiento, tiene que tener algún tipo de existencia. Por eso, la evidencia del *cogito* nos orienta ya hacia otro concepto central de la filosofía cartesiana: la sustancia. El “pienso luego existo” nos obliga a intuir un “yo”, una sustancia que existe y cuya esencia es el pensar. Y esto nos lleva a indagar el concepto de sustancia.

5.2. La sustancia.

Para Descartes sustancia es sinónimo de “cosa”, y en consecuencia será sustancia todo lo concreto existente. La única condición que establece para que algo sea sustancia es su independencia, de modo que la definición cartesiana es la siguiente: “una cosa que existe de tal manera que no tiene necesidad sino de sí misma para existir”. Esta definición es construida de un modo “a priori”, tal y como hacen los

geómetras con sus definiciones, por lo que no es necesario demostrarla. Las definiciones juegan en el sistema cartesiano una función similar: se establecen al margen de la experiencia para poder demostrar nuevas proposiciones con ellas.

Si nos tomamos esta definición en sentido estricto, deberíamos concluir que sólo Dios es sustancia, puesto que el resto de criaturas necesitan de Dios para existir. Por ello, el concepto de sustancia no se refiere del mismo modo a Dios que al resto de seres. En un sentido absoluto sólo Dios es sustancia, mientras que todas las demás criaturas lo serán de un modo derivado. A partir de esto Descartes establece la existencia de dos tipos de sustancias:

1. **Sustancia infinita** (Dios), que es la sustancia por excelencia.
2. **Sustancia finita**, que tan sólo necesitan de Dios (de un ser que les dé la existencia) para existir. Ninguna sustancia finita necesita de otra sustancia finita, sino de Dios.

Al concepto de sustancia, le añade Descartes el de **atributo** y **modo**. El atributo es la esencia de la sustancia. Así, habrá dos atributos principales de la sustancia finita: la **extensión** (*res extensa*, mundo material) y el **pensamiento** (*res cogitans*, mundo espiritual). Por su parte, el modo sería la forma en la que se da el atributo: modos de la extensión serían, por ejemplo, el tamaño, el volumen, la figura... mientras que el pensamiento tendría modos como por ejemplo la duda. Con estos tres conceptos (sustancia, atributo y modo) trata de explicar Descartes toda la realidad, lo cual ejercerá una importante influencia en toda la tradición racionalista, como se puede ver, por ejemplo, en Leibniz o Espinoza.

5.3. La sustancia infinita.

Continuando con esta investigación de la sustancia desde un punto de vista racional, Descartes se centra en la sustancia infinita. Ofrece las siguientes demostraciones:

- 1) En el proceso que desembocaba en el *cogito*, Descartes se descubrió a sí mismo como un ser que duda, y entendía que la duda era una de las formas (de los modos, podríamos decir ahora) del pensamiento.

Igualmente, se da cuenta de que “hay más perfección en conocer que en dudar”: cuando conocemos somos mejores (más perfectos) que cuando dudamos (recordemos la obsesión cartesiana por la certeza). Con este razonamiento encontramos dentro de nosotros una idea muy importante: la de perfección. Podemos preguntarnos ahora de dónde procede dicha idea. Para Descartes hay 3 clases de ideas:

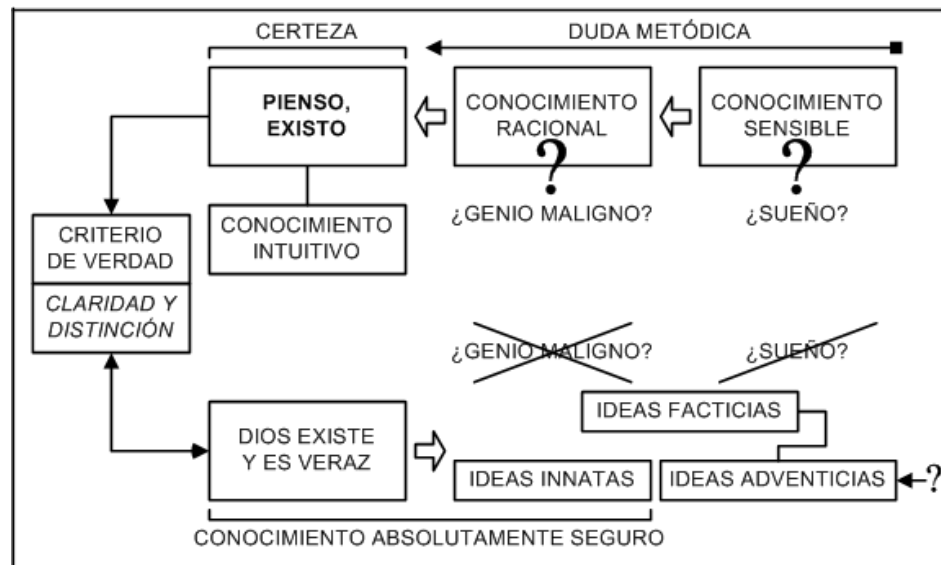
1. **Innatas:** serían aquellas ideas con las que nacemos, que no dependen de la experiencia. Son las ideas producidas por el pensamiento mediante el mero ejercicio de pensar.
2. **Adventicias:** son las ideas que proceden de fuera, aquellas que formamos a partir de la experiencia.
3. **Facticias:** son las ideas que construimos nosotros, combinando diferentes aspectos de las ideas adventicias entre sí, o incluso con rasgos de las ideas innatas.

La pregunta ahora sería ¿qué tipo de idea es la de “perfección”? ¿de dónde procede esta idea? La respuesta de Descartes es clara: la idea de perfección no puede provenir de la experiencia, pues no percibimos nada perfecto. Tampoco sería posible que dicha idea haya sido construida por una naturaleza imperfecta, como la del ser humano. Por tanto, la idea de perfección tiene que ser una idea innata, y ha tenido que ser puesta en el ser humano por un ser perfecto, que sería Dios o la sustancia infinita.

2) Este mismo tipo de demostración aparece relacionado también con la idea de infinitud. En el fondo, se trata de argumentaciones claramente racionalistas, levantadas sobre la convicción de la existencia de ideas innatas. En cierta forma, las demostraciones cartesianas pueden recordarnos al argumento ontológico de san Anselmo, que Descartes propone en el *Discurso del método*. Al igual que la idea de triángulo nos obliga a pensar que la suma de sus tres ángulos es igual a dos rectos, la idea de ser perfecto no puede ser concebida sin pensar inmediatamente en la existencia del mismo, con lo que sería “al menos tan cierto que Dios, que es un Ser perfecto, es o existe, como lo pueda ser cualquier demostración de geometría.”

3) Pero junto a estas demostraciones “racionalistas”, aparecen también otras más cercanas a la experiencia. Se trata de demostraciones que nos remiten al Dios creador al que se llega también a través de las vías tomistas. Si el yo existe, sin haber sido capaz de darse la existencia a sí

mismo y sin ser capaz de conservarse en la existencia, entonces tiene que existir necesariamente otro que da la existencia a ese yo, y además logra conservarle en la existencia. Dios sería el origen y el conservador de todo lo existente, y también todas las perfecciones derivan directamente de Dios. De la intuición directa del yo como sustancia, puede derivarse, aplicando el principio de casualidad, la existencia de un Ser superior responsable de todo lo existente. Desembocamos así en un Dios creador, un ser perfecto y dueño de la existencia que, tal y como nos lo presenta Descartes en las *Meditaciones metafísicas*, “ha creado el cielo y la tierra, y todo cuanto en ellos se contiene, y, además, puede hacer todo lo que concebimos claramente, a la manera en que lo concebimos.”



Tan importante como las demostraciones es el lugar que ocupa la idea de Dios dentro de todo el sistema cartesiano. Si recordamos los pasos dados hasta ahora, nos encontrábamos con un yo seguro de su existencia (pienso luego existo), pero que sigue completamente aislado del mundo, y no es capaz de encontrar más verdades. Sin embargo, un ser Perfecto no puede permitir que el yo viva en el engaño permanente. Así, Dios neutraliza cualquier tipo de duda o desconfianza respecto a la realidad, y elimina la posibilidad de que haya un genio maligno que me engañe permanentemente. Gracias a la demostración de la existencia

de Dios, Descartes consigue sacar al yo de esa situación de aislamiento forzoso en que le había dejado su obsesión por la certeza. Dios funciona así como un puente entre el yo y el mundo: podemos estar seguros de su existencia, e incluso de los datos más elementales que los sentidos nos proporcionan, porque estamos seguros de la existencia de Dios. En este sentido, Dios desempeña tres funciones esenciales:

1. **Garantía última del conocimiento verdadero.** Las evidencias lo son porque Dios es evidente. Dios, que es bueno y veraz, no ha podido crear al hombre para que éste viva permanentemente en el engaño y la falsedad, y si podemos llegar a conocer con certeza su existencia, eso debe servirnos como garantía última del resto de evidencias. En último término, todo conocimiento evidente es verdadero porque la existencia de un Dios bueno y veraz (no cabría un Dios malo y engañador ya que es un ser perfecto) se nos presenta con evidencia.
2. **Dios es el que conserva en la existencia al mundo y al propio sujeto.** Dios está creando permanentemente y se encarga de mantener en la existencia todo lo creado.
3. **Origen del movimiento.** Dios impulsa el mundo, y luego conserva constante su cantidad de movimiento y reposo.

6. LA NATURALEZA.

La concepción cartesiana de la naturaleza se caracteriza por varias notas distintivas que van a estar presentes en toda la modernidad, y que van a orientar el desarrollo científico. Tales rasgos son:

1. **Mecanicismo:** el universo es una gran máquina sometida a leyes. Todo queda reducido a materia (extensión) y movimiento. Con esta metáfora, a menudo habrá referencias a Dios como el gran relojero del mundo, encargado no sólo de “construir” el universo, sino de mantenerlo en funcionamiento.
2. **No existe el vacío:** el universo está lleno de materia, y no es posible concebir una extensión vacía. El universo es un “plenum”, y el vacío no existe.

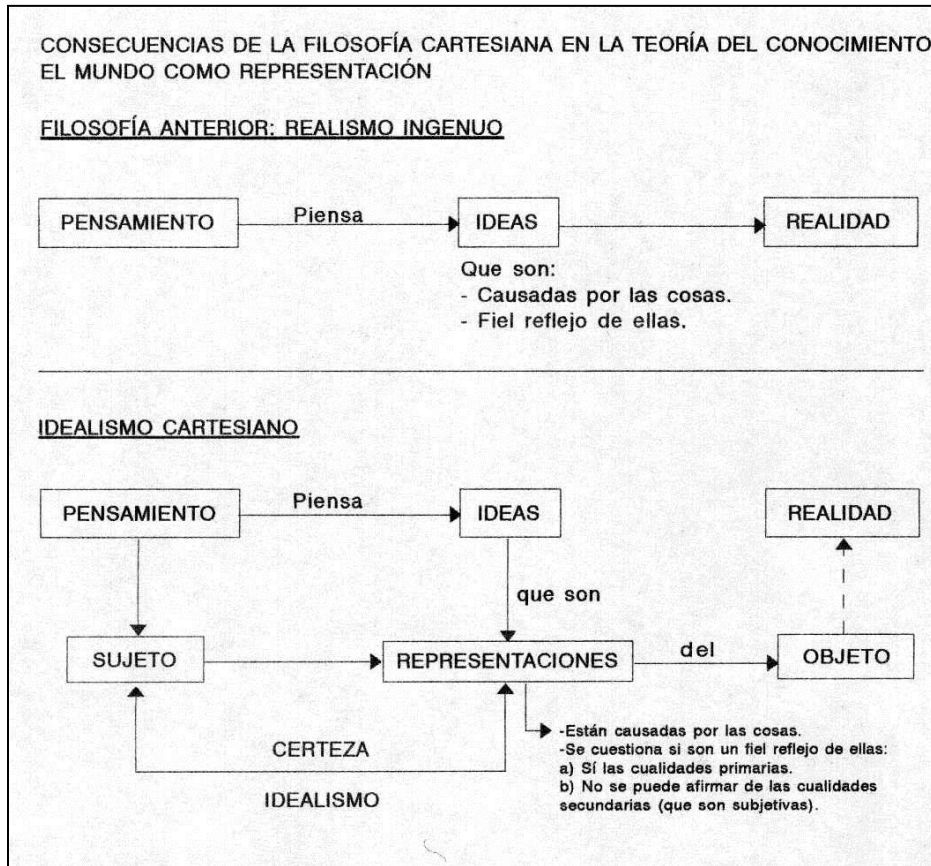
3. **Privilegio de las cualidades primarias** (aquellas que pueden expresarse numéricamente, objetivas) sobre las secundarias. El científico debe ignorar cualquier aspecto subjetivo, y se niega la existencia de principios de acción intrínsecos. La física debe centrarse en el contacto observable entre los cuerpos.

La máquina del mundo es puesta en funcionamiento por Dios, y a partir de su inmutabilidad se derivan las 3 leyes de la naturaleza que Descartes enuncia:

1. **Principio de inercia:** “cuando una parte de la materia ha comenzado a moverse, no hay razón alguna para pensar que dejará de hacerlo con la misma fuerza, si no encuentra nada que retarde o detenga su movimiento.”
2. **Movimiento rectilíneo:** “Todo cuerpo que se mueve tiende a continuar su movimiento en línea recta.”
3. **Conservación del movimiento:** “Si un cuerpo que se mueve encuentra otro más fuerte que él, no pierde nada de su movimiento; y si encuentra otro más débil que puede ser movido por él, pierde tanto movimiento como transmite.”



7. CONSECUENCIAS DE LA FILOSOFÍA CARTESIANA EN LA TEORÍA DEL CONOCIMIENTO: EL MUNDO COMO REPRESENTACIÓN.



7.1. Hasta Descartes: el realismo ingenuo.

En la filosofía anterior el pensamiento recae directamente sobre las cosas, no sobre las ideas.

Las ideas son una especie de lente transparente a través de la cual se ven las cosas sin que ella sea percibida.

7.2. El idealismo cartesiano.

El pensamiento no recae directamente sobre las cosas, cuya existencia no nos consta en principio, sino sobre las ideas.

Las ideas no son una lente transparente, son una representación que contemplamos. Se adquiere conciencia del sujeto y su labor de mediación en el conocimiento. Se abren toda una serie de interrogantes que el mismo Descartes planteaba ya en su duda metódica: ¿en qué medida la representación se corresponde con la realidad?, ¿Está causada por una realidad extramental?

7.3. Límites del conocimiento en Descartes: el dualismo cartesiano.

Restablecido el saber sobre nuevas bases que Descartes supone firmes persiste la desconfianza de la información que nos proporcionan los sentidos: ¿Son las cosas tal y como las percibimos? La respuesta le lleva defender un realismo gnoseológico moderado:

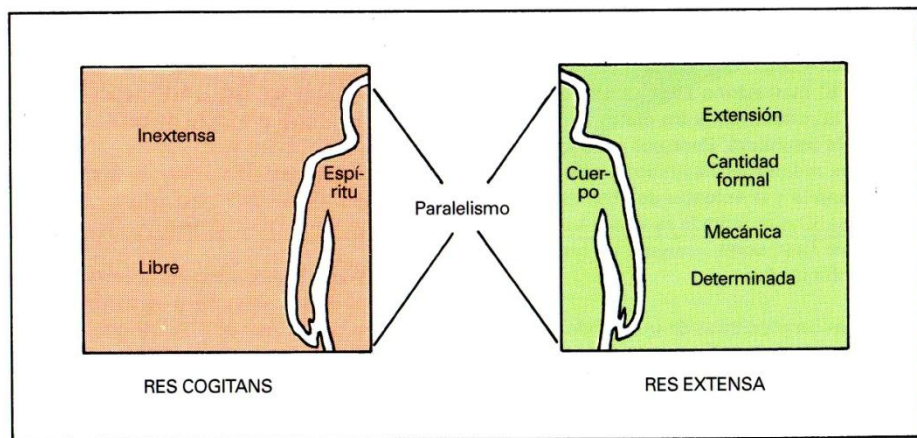
1. **Las cualidades primarias:** magnitud, figura, situación, movimiento, duración y número. Aquellas que son matematizables sí pertenecen efectivamente a las cosas: son objetivas.
2. **Las cualidades secundarias:** colores, olores... Aquellas que percibo a través de los sentidos no garantiza que pertenezcan realmente a las cosas, son subjetivas: Afecciones o creaciones de la conciencia, ignoro si son o no reales. Abandona el realismo ingenuo aristotélico pero mantiene un realismo de las cualidades primarias.

Por otro lado, aplicando su esquema ontológico al hombre, resulta que Descartes sostiene un dualismo antropológico. Aunque el yo es espíritu o pensamiento, el hombre es la composición de alma y cuerpo como sustancias distintas. Se trata de un dualismo antropológico mucho más radical que el de Platón, ya que, al faltar la noción de participación gradual en la escala del ser, se trata de dos sustancias heterogéneas cuya misma comunicación o indudable interacción queda convertida en un problema teórico inexplicable.

Se trata, en este caso, del mismo problema del realismo representacionista cartesiano, que cree necesaria la deducción de la

realidad “externa”. De todos modos, el dualismo sustancial antropológico cartesiano responde a un doble motivo. Por una parte, el de asegurar o fundamentar metafísicamente la libertad del espíritu frente al estricto determinismo implícito en la concepción mecanicista de la naturaleza. Descartes ve ya un indicio de la libertad, considerada una idea “innata” y evidente por sí“, en la duda hiperbólica o en la posibilidad de conceder o no el asentimiento a la necesidad de la evidencia misma, como ocurre en la precipitación y la prevención. Por otra parte, tiene el motivo de posibilitar la ciencia natural asumiendo el determinismo mecanicista. En el mundo de los cuerpos, todo ocurre en función de las leyes mecánicas del movimiento. He aquí, pues, otro gran problema del pensamiento moderno, el de lograr hacerse una idea “clara y distinta” de la libertad.

Sin embargo, este dualismo plantea no menos problemas de los que intenta resolver, como enseguida advirtió la filosofía post-cartesiana. Si alma y cuerpo son dos sustancias independientes, ¿cómo es que se afectan mutuamente? Descartes no puede por menos de reconocer la interacción entre ellas, pero este concepto no es más que un nombre para el problema. Quizá el problema radique en la propia definición cartesiana de “sustancia” como “aquello que no necesita de ninguna otra cosa para existir“, que sólo puede aplicarse rigurosamente a Dios, como el propio Descartes reconoce.



8. DESCARTES, EL RACIONALISMO Y LA CIENCIA EUROPEA.

Como suele ocurrir con los grandes filósofos, la importancia de la filosofía cartesiana desborda ampliamente el marco de la filosofía. Sólo dentro de esta, destaca por ser uno de los máximos impulsores del racionalismo, cuyos frutos científicos (sobre todo en matemáticas) y filosóficos no son nada despreciables: filosofías como la de Spinoza, C. Wolff o Leibniz beben directamente de la fuente cartesiana. Así:

- El **innatismo** o convicción de que la pura razón, frente a la experiencia, es la fuente de los principales contenidos del conocimiento.
- La aceptación de la **evidencia** necesaria como criterio exclusivo de conocimiento frente a la probabilidad.
- La pretensión de construir sistemas filosóficos de acuerdo con un procedimiento de la **deducción a priori**, a semejanza del matemático.
- La confianza en la posibilidad de una metafísica cuya ontología tenga un **alcance teológico**. La razón no tiene límites para ello.
- El **dogmatismo** (ausencia de crítica) en el uso de las categorías metafísicas tradicionales, principalmente las de sustancia y el principio de causalidad.

Pero como decíamos, la sombra de Descartes va mucho más allá de la filosofía: la valoración positiva de la ciencia y la evolución de la producción científica europea de los siglos XVII y XVIII, que culminará en Newton, es impensable sin el fondo teórico proporcionado por el racionalismo cartesiano. Ideas trascendidas y convertidas en ciencia, en formas de vida y culturas cuyo camino irá ya inseparablemente unido a esta forma de conocimiento. Por ello, la clásica pregunta que debemos hacernos al enfrentarnos a cualquier filósofo, a saber, ¿sigue ejerciendo su pensamiento alguna influencia en la actualidad?, se contesta de un modo casi inmediato en el caso de Descartes: y no porque se quiera magnificar su labor, sino porque la Ilustración y la explosión científica europea llevan el sello del racionalismo iniciado por él. Un racionalismo que será criticado por los autores empiristas, particularmente por Hume, y que necesita a buen seguro reconsiderar la función de la experiencia dentro del conocimiento, o de otras facultades humanas (sentimientos,

pasión...) en la vida de cada individuo. Pero un racionalismo, no lo olvidemos, volcado hacia la física (Descartes fue el primero en enunciar el principio de inercia) e interesado también por esas pasiones que Descartes trata de describir en su tratado. Por ello, podemos concluir que el pensamiento cartesiano nos proporciona muchas claves explicativas, no sólo del desarrollo de la filosofía, sino también de la evolución de la ciencia y de muchas de nuestras formas de pensamiento, por lo que su lectura y revisión siguen teniendo sentido hoy en día.

9. TEXTO P.A.U.

DESCARTES, *Discurso del método*, cuarta parte (trad. E. Bello Reguera, Madrid, Tecnos, 1994, pp. 44-52).

No sé si debo entreteneros con las primeras meditaciones que allí he hecho, pues son tan metafísicas y tan fuera de lo común que tal vez no sean del gusto de todos. Sin embargo, con el fin de que se pueda apreciar si los fundamentos que he establecido son bastante firmes, me veo en cierto modo obligado a hablar de ellas. Desde hace mucho tiempo había observado que, en lo que se refiere a las costumbres, es a veces necesario seguir opiniones que tenemos por muy inciertas como si fueran indudables, según se ha dicho anteriormente; pero, dado que en ese momento sólo pensaba dedicarme a la investigación de la verdad, pensé que era preciso que hiciera lo contrario y rechazara como absolutamente falso todo aquello en lo que pudiera imaginar la menor duda, con el fin de comprobar si, hecho esto, no quedaba en mi creencia algo que fuera enteramente indudable. Así, puesto que nuestros sentidos nos engañan algunas veces, quise suponer que no había cosa alguna que fuera tal como nos la hacen imaginar. Y como existen hombres que se equivocan al razonar, incluso en las más sencillas cuestiones de geometría, y cometen paralogismos, juzgando que estaba expuesto a equivocarme como cualquier otro, rechacé como falsos todos los razonamientos que había tomado antes por demostraciones. Y, en fin, considerando que los mismos pensamientos que tenemos estando despiertos pueden venirnos también cuando dormimos, sin que en tal estado haya alguno que sea verdadero, decidí

fingir que todas las cosas que hasta entonces habían entrado en mi espíritu no eran más verdaderas que las ilusiones de mis sueños. Pero, inmediatamente después, advertí que, mientras quería pensar de ese modo que todo es falso, era absolutamente necesario que yo, que lo pensaba, fuera alguna cosa. Y observando que esta verdad: pienso, luego soy, era tan firme y tan segura que todas las más extravagantes suposiciones de los escépticos no eran capaces de socavarla, juzgué que podía admitirla como el primer principio de la filosofía que buscaba.

Al examinar, después, atentamente lo que yo era, y viendo que podía fingir que no tenía cuerpo y que no había mundo ni lugar alguno en el que me encontrase, pero que no podía fingir por ello que yo no existía, sino que, al contrario, del hecho mismo de pensar en dudar de la verdad de otras cosas se seguían muy evidente y ciertamente que yo era; mientras que, con sólo haber dejado de pensar, aunque todo lo demás que alguna vez había imaginado existiera realmente, no tenía ninguna razón para creer que yo existiese, conocí por ello que yo era una sustancia cuya esencia o naturaleza no es sino pensar, y que, para existir, no necesita de lugar alguno ni depende de cosa alguna material. De manera que este yo, es decir, el alma por la cual soy lo que soy, es enteramente distinta del cuerpo e incluso más fácil de conocer que él y, aunque el cuerpo no existiese, el alma no dejaría de ser todo lo que es.

Después de esto, examiné lo que en general se requiere para que una proposición sea verdadera y cierta; pues, ya que acababa de descubrir una que sabía que lo era, pensé que debía saber también en qué consiste esa certeza. Y habiendo observado que no hay absolutamente nada en pienso, luego soy que me asegure que digo la verdad, a no ser que veo muy claramente que para pensar es preciso ser, juzgué que podía admitir esta regla general: las cosas que concebimos muy clara y distintamente son todas verdaderas; si bien sólo hay alguna dificultad en identificar exactamente cuáles son las que concebimos distintamente.

Reflexionando, a continuación, sobre el hecho de que yo dudaba y que, por lo tanto, mi ser no era enteramente perfecto, pues veía con claridad que había mayor perfección en conocer que en dudar, se me ocurrió indagar de qué modo había llegado a pensar en algo más perfecto que yo; y conocí con evidencia que debía ser a partir de alguna naturaleza que, efectivamente, fuese más perfecta. Por lo que se refiere a los pensamientos que tenía de algunas otras cosas exteriores a mí, como el

cielo, la tierra, la luz, el calor, y otras mil, no me preocupaba tanto por saber de dónde procedían, porque, no observando en tales pensamientos nada que me pareciera hacerlos superiores a mí, podía pensar que, si eran verdaderos, era por ser dependientes de mi naturaleza en tanto que dotada de cierta perfección; y si no lo eran, que procedían de la nada, es decir, que los tenía porque había en mí imperfección. Pero no podía suceder lo mismo con la idea de un ser más perfecto que el mío; pues, que procediese de la nada era algo manifiestamente imposible; y puesto que no es menos contradictorio pensar que lo más perfecto sea consecuencia y esté en dependencia de lo menos perfecto, que pensar que de la nada provenga algo, tampoco tal idea podía proceder de mí mismo. De manera que sólo quedaba la posibilidad de que hubiera sido puesta en mí por una naturaleza que fuera realmente más perfecta que la mía y que poseyera, incluso, todas las perfecciones de las que yo pudiera tener alguna idea, esto es, para decirlo en una palabra, que fuera Dios (...)

Quise buscar, después, otras verdades y, habiéndome propuesto el objeto de los geómetras, que concebía como un cuerpo continuo o un espacio indefinidamente extenso en longitud, anchura y altura o profundidad, divisible en diversas partes, que podían tener diferentes figuras y tamaños, y ser movidas o trasladadas de todas las maneras posibles, pues los geómetras suponen todo esto en su objeto, repasé algunas de sus más simples demostraciones. Y habiendo advertido que la gran certeza que todo el mundo les atribuye sólo está fundada en que se las concibe con evidencia, siguiendo la regla antes formulada, advertí también que no había en ellas absolutamente nada que me asegurase la existencia de su objeto. Porque, por ejemplo, veía bien que, si suponemos un triángulo, sus tres ángulos tienen que ser necesariamente iguales a dos rectos, pero en tal evidencia no apreciaba nada que me asegurase que haya existido triángulo alguno en el mundo. Al contrario, volviendo a examinar la idea que tenía de un ser perfecto, encontraba que la existencia estaba comprendida en ella del mismo modo que en la de un triángulo está comprendido el que sus tres ángulos son iguales a dos rectos, o en la de una esfera, el que todas sus partes equidistan de su centro, e incluso con mayor evidencia; y, en consecuencia, es al menos tan cierto que Dios, que es ese ser perfecto, es o existe, como puede serlo cualquier demostración de la geometría.

10. MODELO DE CONTEXTO PARA EL EJERCICIO DE COMENTARIO.

1º. Contexto histórico-filosófico.- La vida de Descartes (1596-1650) transcurre en la Europa continental a lo largo de la primera mitad del siglo XVII, y es ya un tópico generalizado afirmar que con su obra se inicia la filosofía moderna. Precisamente lo primero que llama la atención del texto que acabamos de analizar es que está escrito en primera persona, y éste es uno de los rasgos que caracterizan la filosofía cartesiana como "moderna": Descartes es el primer pensador que muestra en el lenguaje la toma de conciencia de la individualidad que se había producido en el Renacimiento. Como es sabido, la Edad Moderna se abre con el Renacimiento, amplio movimiento cultural que se origina durante el siglo XV y que culmina a principios del siglo XVII. Es una época marcada por una profunda crisis de la conciencia europea que se está reconstruyendo desde la conciencia de una profunda ruptura con la época anterior (Edad Media). Toda la obra de Descartes es expresiva de esta nueva conciencia de ruptura. Descartes lo subraya con fuerza con las nuevas funciones que otorga al método racional y con su trascendente afirmación de la conciencia (cogito) como nuevo punto de partida de la reflexión. Sin embargo, igual que la época que él vive hunde sus raíces en la Baja Edad Media, Descartes mostrará en muchos momentos de su obra su deuda con el pensamiento clásico y medieval, especialmente con la filosofía agustiniana y la escolástica. Precisamente, el *Discurso del método* será una muestra privilegiada de la ambigüedad cartesiana entre los nuevos principios idealistas y los residuos realistas de la ontología anterior. Lo cual no es obstáculo para afirmar la singular importancia y novedad que significará la obra de Descartes. Con él la filosofía dejó de ser fundamentalmente ontología para pasar a ser gnoseología. Sin duda, con el tema central de su filosofía, marcará un nuevo rumbo a la reflexión filosófica posterior: ya no serán el ser ni la realidad los objetos primordiales de la filosofía, sino el conocimiento que del ser y de la realidad podemos llegar a tener los hombres. Es decir, el problema del conocimiento se antepone al problema de la realidad. Este giro es un hecho definitorio del pensamiento moderno, y con él se inaugura una nueva etapa de la filosofía, con la que se plantearán nuevos problemas, nuevas respuestas y una nueva actitud para encarar nuestra orientación en el

mundo. Este es un territorio común a los dos movimientos filosóficos fundamentales de este momento histórico: el racionalismo y el empirismo. El racionalismo, que inaugura la filosofía de Descartes y que desarrollarán Spinoza, Leibniz y Malebranche, viene a ser la primera reflexión global de la nueva época que se está abriendo y el primer paso en el proceso de afirmación de la autonomía de la razón. El racionalismo establece que nuestros conocimientos válidos y verdaderos acerca de la realidad proceden no de nuestros sentidos sino de la razón, del entendimiento mismo. Por otra parte, el racionalismo, en consonancia con el proceder de la ciencia físico-matemática moderna, va a privilegiar como modelo de conocimiento aquel saber en el que encuentra una manifestación ideal del proceder de la razón: el saber matemático. Entendido así, el racionalismo tiene su marco de comprensión en el período histórico propio del surgimiento de la ciencia y la filosofía modernas. Es un terreno común que comparte con su oponente teórico clásico: el empirismo británico de los siglos XVII y XVIII, que estima como origen y fundamento del valor de nuestros conocimientos su dependencia de la experiencia sensible y en el que destacó el pensamiento de Locke, Berkeley y Hume.

En este contexto y por mucho que ya haya sido dicho, resulta difícil exagerar la importancia y significado histórico que ha tenido este *Discurso* de Descartes. Respecto de su autor, constituye una obra fundamental, aquélla desde la que cobran sentido y profundidad filosófica todas las demás. El racionalismo posterior tiene en ellas un referente básico, y por mucho que se aparten de Descartes, es desde esta obra y desde las *Meditaciones Metafísicas* donde hay que entender a Malebranche, e incluso a Spinoza y a Leibniz. Más tarde, Kant y el idealismo alemán seguirán en la estela abierta por el *cogito*. Y ya avanzado el siglo XX, Husserl, fundador de uno de los movimientos filosóficos más vigorosos de nuestro tiempo (la fenomenología), tomará de esta obra el título de una de sus obras fundamentales, las *Meditaciones cartesianas*. Son sólo unos ejemplos significativos que nos hablan de la transcendencia histórica de esta singular obra de Descartes.

2º. Contexto histórico-cultural: el siglo XVII.- Del conjunto de rasgos que caracterizan el siglo en el que se desarrolló la vida y la obra de

Descartes (triumfo de las monarquías nacionales, aparición del capitalismo comercial y surgimiento de la clase burguesa, reforma protestante y contrarreforma católica, exploración geográfica del planeta, etc.) nos interesa destacar dos acontecimientos de singular transcendencia cultural y que tienen gran relieve en la obra cartesiana.

Por una parte, el antropocentrismo humanista. En un marco de profunda crisis y renovación se demanda un modelo de hombre y sociedad diferente del anterior, del medieval. La mirada se volvió directamente a la antigüedad clásica con la finalidad de buscar en los orígenes. Inspirado directamente en ella se configura el antropocentrismo renacentista frente al teocentrismo medieval. Si el hombre de la Edad Media subordinaba plenamente su vida a su destino sobrenatural, a su salvación religiosa, ahora se descubrirán los propios valores naturales y el valor de la vida terrenal en sí misma. El hombre, nueva síntesis y centro del universo, se concibe como libre y dueño de sí, capaz de hacerse a sí mismo en el ejercicio de la propia libertad, como afirma Pico della Mirándola en su famoso *Discurso acerca de la dignidad del hombre*. Desde esa convicción y mentalidad se abrirá el camino para la afirmación de la autonomía de la razón como nueva premisa fundamental del pensamiento filosófico, moral, político e incluso religioso de la modernidad. Sin duda, el *cogito* cartesiano es una de las principales afirmaciones de esta nueva posición del hombre como núcleo de un universo que ya no tiene la Tierra en su centro.

Por otra, la revolución científica. Copérnico, Kepler y Galileo acaban con la imagen aristotélica de un universo cerrado tanto en el campo de la astronomía como en el de la física. La sustitución del geocentrismo por la hipótesis heliocéntrica (Copérnico), al mismo tiempo que se descubre el sistema solar con las leyes de Kepler, por un lado, y la interpretación matemática de los fenómenos físicos (Galileo) por otro, impulsa definitivamente una nueva concepción de la ciencia, cuya expresión más acabada será la físico-matemática que culminará el siglo próximo con la obra de Newton. Esta nueva ciencia desarrollará un nuevo método científico, el método resolutivo-compositivo que Galileo toma de la Escuela de Padua. En este nuevo método, no sólo la experimentación cobra un importante papel, sino que fundamentalmente se apoya en el papel directriz que juega una razón que se concibe autónoma. La vieja ciencia aristotélica, teleológica y cualitativa, dará paso a una ciencia mecanicista y cuantitativa cuyas leyes se cumplen en todo el universo.

Este cambio desarrollará un nuevo modo de interpretar la razón: el matemático. Todos estos elementos tienen su reflejo en la obra científica y filosófica de Descartes que amplía la ruptura al desterrar de la reflexión filosófica la silogística aristotélica y escolástica a favor de un método racional que tiene en la matemática su modelo, desarrolla la geometría analítica y una física mecanicista y matemática (aunque alejada de la experimentación) y, con el *Discurso del método* que comentamos, empieza a desarrollar una nueva fundamentación de la metafísica que sea acorde con la nueva ciencia e imagen del mundo.

3º. La obra.- El *Discurso* está escrito en francés, pues su idea era presentar sus descubrimientos de modo sencillo a un gran público; en cambio, las *Meditaciones* y los *Principia* son obras más técnicas, escritas en latín para el mundo académico y culto. Al publicarlo en francés, rompía con la tradición que hacía del latín la única lengua culta y científica. Inauguraba así una nueva forma de comunicación que elevaría las lenguas habladas a medio adecuado para expresar la complejidad de la investigación científica.

En el *Discurso*, pese a su brevedad, aparecen de modo sencillo todos los grandes temas de su época y los principios y soluciones que Descartes había concebido para ellos. Así pues, en el *Discurso* encontramos la crítica a la vieja filosofía, la necesidad de filosofar con libertad, la importancia de la nueva ciencia y el valor del método matemático, la duda, el criterio de verdad, el método matemático, el *cogito*, Dios, el conocimiento del mundo, etc.

El *Discurso* está dividido en seis partes: **1ª)** afirmación de que la **razón** pertenece a todo hombre por igual, pero muchos no alcanzan la verdad por falta de método (“lo importante no es tener buen entendimiento, sino aplicarlo bien”). **2ª)** Descartes establece las 4 reglas de su **método**: la *claridad y distinción* como características de la evidencia racional (único criterio de verdad); *análisis* para alcanzar las naturalezas simples; *síntesis*; y la *enumeración y revisión sin omisiones*. **3ª)** Descartes establece una **moral** provisional –de carácter estoico–, basada en 3 ó 4 máximas. **4ª)** Descartes expone el **núcleo de su filosofía**: la *duda metódica*, que le llevará al *cogito*, al *criterio de verdad* (claridad y distinción) y a Dios, que no permite que nuestra razón nos engañe. **5ª)** Resumen de su tratado *El mundo*. Expone la transición del yo a Dios y

al mundo externo, como extensión. **6ª)** Exposición de los **motivos** por los que publicó su *Discurso*: poner sus conocimientos al servicio de los demás, “pues nada vale quien a nadie sirve”. El texto que nos ocupa pertenece a la **cuarta parte**, que es la central y más importante. Descartes trata aquí: la duda; los tres motivos de duda; el *cogito*, como primera verdad indubitable; y la demostración de la existencia de Dios (un Dios garante de la verdad). Da tres demostraciones, aunque en el texto que comentamos sólo hay dos: imposibilidad de que lo perfecto proceda de lo imperfecto, y el argumento ontológico (el ser perfectísimo necesariamente incluye entre sus notas la existencia real).

